

CIVILIZACIÓN Y CULTURAS: AYAAN HIRSI ALI Y EL RETO DEL ISLAM

José RAMOS SALGUERO

Asociación Andaluza de Filosofía (Granada, España)

Hirsi Ali, Ayaan, *Mi vida, mi libertad*, Barcelona, Círculo de Lectores, Galaxia Gutenberg, 2006, 490 págs.

Musulmana somalí naturalizada holandesa, y “emigrada” también del partido socialdemócrata holandés (PvdA) al liberal (VVD), con el que fue diputada del Parlamento, Ayaan Hirsi Ali, una mujer que sólo cuenta 37 años, pero cuya trayectoria vital condensa las esencias de un drama milenario y rabiosamente actual, el del choque entre culturas, saltó a la fama internacional en 2006 cuando la ministra holandesa de Inmigración intentó, sin éxito, privarla de su nacionalidad holandesa por haber enmascarado parcialmente su nombre y fecha de nacimiento en su intento de huir de la persecución de su clan por haber transgredido sus férreas tradiciones. De hecho, estaba ya amenazada de muerte antes de que el director de cine Theo van Gogh fuera asesinado por un fundamentalista musulmán tras haber denunciado en un documental, del que ella fue guionista, la sangrante humillación y *Sumisión* (nombre del documental) de la mujer tanto en los países musulmanes como entre los inmigrantes musulmanes en Holanda.

En esta autobiografía hace una *publicación* en el sentido más comprometido de la palabra: presenta un testimonio beligerante y comprometedor, ya que “el silencio es cómplice de la injusticia” (p. 10). De ahí el carácter insólitamente temprano de su relato, prueba documental de su anterior ensayo *Yo acuso. Defensa de la emancipación de las mujeres musulmanas* (2002; 2006 en español). Así, su singular experiencia incluye la sombra más tenebrosa del conflicto intercultural, pero divisada y expuesta con los claros perfiles que sólo puede aportar la perspicacia crítica de una reflexión cultivada.

El título reza en español, libre y apropiadamente, *Mi vida, mi libertad*. No es auténticamente humana una vida si no se vive en libertad. Como tampoco hay libertad sin conciencia o conocimiento de distintas opciones. Éste es el reclamo irrenunciable de la Ilustración occidental en que ella ha encontrado su liberación, seña de identidad del humanismo cristalizado en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. “Cuantos más conocimientos adquiriría... tanto más prefería Occidente” (p. 345).

Hirsi Ali, politóloga que hoy trabaja en un instituto de estudios de EE. UU., nos ofrece en un libro interesante e iluminador la experiencia multicultural de una emigración forzada a través de Somalia, Etiopía, Arabia Saudí, Kenia, Alemania, Holanda, EE. UU. Una experiencia que considera una liberación de la “jaula mental” del Islam (pp. 187, 399, 432). No obstante, también en Occidente su fiel

lucha por la libertad y la verdad la ha conducido a ser tachada de “infiel” (título original del libro) por quienes discrepan de su posicionamiento ante el pluralismo cultural de nuestras democracias. Por ello, desde el punto de vista religioso y filosófico-político, su mensaje resulta de una actualidad y una virtualidad polémica insoslayables.

De la nada, nada sale, sin embargo. Abuela y madre ya rompieron algunas cadenas de la tradición tribal y musulmana¹. Pero fue su padre, Hirsi Magan Isee, la referencia decisiva: perteneciente a un clan rico, se licenció en Antropología por la Universidad de Columbia. Luego luchó por liberar a su pueblo del analfabetismo y la tiranía del golpista Said Barre. Encarcelado, fugado y líder de la resistencia en el exilio, separado de su familia durante años. Musulmán liberal que repetía “no importan las reglas, importa el espíritu” (p. 69), que rechazaba la mutilación genital de sus hijas, aunque la abuela violó su voluntad aprovechando su ausencia, y que les procuró instrucción escolar. Que en Arabia Saudí comentaba a su familia: “Esto no es musulmán ni nada que se le parezca. Es propio de los tiempos de la ignorancia. ¡Los saudíes están como cabras!” (p. 77).

Fue el progresivo conocimiento de la cultura occidental en la multicultural Kenia, reforzado por furtivas lecturas de literatura romántica y aventurera (“en el fondo de esos libros subyacía un mensaje oculto: las mujeres podían elegir”, p. 116), junto con su personal inquietud por comprender (“Necesitaba... convencerme de que el Islam era *verdad*. Y empecé a sospechar... algunas incoherencias”, pp. 147-8), lo que fue abriéndole los ojos.

De regreso a su Somalia natal, se halló “en un estado de confusión moral, una crisis de fe” (p. 189). Análogamente, “la generación más joven estaba dividida entre los que miraban a Occidente para inspirarse, y sobre todo divertirse, y los que escuchaban los sermones de hombres de la Hermandad Musulmana” (p. 173), el movimiento integrista fundado en Egipto a comienzos del s. XX por Hassan al Banna y radicalizado a mediados del siglo por Sayid Qutb con la intención de implantar la *sharia*² en todo el mundo, y en el que Ali estuvo integrada durante su estancia en Kenia, hasta el punto de que “Ni siquiera se me ocurrió poner en duda que había que matar a Salman Rushdie: si había insultado al profeta, merecía morir” (p. 171). De nuevo en Kenia, huyendo de las revueltas civiles en Somalia, Ali se reencontró con su padre. Pero “ya no preconizaba una democracia de estilo norteamericano”. Ahora para él “el Islam era lo único que podía unir a los clanes”

1. En el capítulo “Normas incompatibles. Sobre la integración como iniciación en la modernidad”, de su libro *Yo acuso*, Ali viene a defender esta equivalencia de la mano de Norbert Elias, Bernard Lewis y Pryce Jones. Su tesis es que “El Islam se origina en una estructuración social de carácter tribal” (p. 54) caracterizada por tres rasgos básicos: la fuerte *jerarquización*, la prevalencia del *grupo* sobre el individuo y la consiguiente institución patriarcal de la *vergüenza* u honor que mantiene sometidas a las mujeres. Así, “valores como la libertad y la responsabilidad individual no desempeñan ningún papel en ese sistema de pensamiento” (p. 53).

2. Ley islámica, suma del Corán más la *sunna* o tradición, que integra diversos *hadices* o escritos con dichos y hechos de Mahoma.

(p. 234)³, aunque rechazaba una guerra santa que sólo el profeta (Mahoma) podría proclamar. Sólo que “el Islam de mi padre era, además, una *interpretación* de lo que había dicho el profeta. Como tal, no era legítimo. No se puede interpretar la voluntad de Alá y las palabras del Corán: así está escrito en el libro. El texto es de sólo lectura” (p. 252-3)⁴.

De todos modos, su padre impuso a Ayaan un matrimonio con un primo desconocido de Canadá. Y en su viaje ella decidió escapar a ese destino, comenzando la segunda parte de su vida, y del libro, *Mi libertad*. Aterrizada de paso en Alemania y planeando pedir asilo en Holanda, “el viernes, 24 de julio de 1992, subí al tren. Todos los años rememoro esa fecha. Para mí es mi verdadero cumpleaños: ese día nací como persona” (p. 264). Ayaan Hirsi Ali huía de una sociedad en que la mujer no tiene autonomía y en que la represión sexual y el miedo al infierno controlaban la vida entera, mientras que en Europa comprobaba fascinada que la libertad personal no conducía al caos social temido por su religión, sino que generaba amabilidad, paz y bienestar material.

Conseguido el estatuto de refugiada en Holanda, sentía culpa por su insumisión, pero más aún un éxtasis de libertad. Cuando, localizada, el clan la conminó a la obediencia a su casamiento, se negó. “Había descubierto una fuerza interior... y el Estado de derecho” (p. 287). La maldición paterna fue inexorable, pero “empecé a observar que el sistema de valores de los holandeses era más coherente, más honesto y daba más felicidad” (p. 303). Ali estudió Ciencias Políticas para comprender las diferencias culturales. De la historia, admiraba cómo los europeos “aprendieron que la razón es más poderosa que la fuerza” y “a transigir” (p. 330); y cómo “la sociedad funcionaba sin encomendarse a Dios y parecía que todo iba perfectamente” (p. 333). De la psicología, “La idea de distanciarse de una misma... me proporcionó un modo nuevo de ver la vida” (p. 321).

Sin embargo, “en Holanda se empezaba a permitir a los musulmanes formar su propia comunidad en el seno de la sociedad holandesa... el resultado fue que los inmigrantes vivían aparte” (p. 341) y que se toleraban mutilaciones genitales y asesinatos por honor. Empero, adquirida la nacionalidad votó al partido socialdemócrata. “Aún no había analizado las políticas de inmigración e integración de

3. Hans Küng, experto en ecumenismo y diálogo intercultural, cita como causas del rechazo islámico a la modernidad (y del terrorismo fundamentalista con su recurso a la *yihad* o “esfuerzo” por extender el Islam no ya en sentido moral o militar defensivo, sino agresivo): la reacción a la dominación colonialista, la corrupción de regímenes postcoloniales supuestamente democráticos y el desencanto con el materialismo (*¿Por qué una ética mundial?*, Barcelona, Herder, 2002, pp. 15, 71-2 y 137-8). Como se verá, Hirsi Ali sostiene una interpretación más radical de la conexión entre Islam y terrorismo.

4. Así lo registra el filósofo Eugenio Trías, en su historia de la cultura religiosa *La edad del espíritu* (Barcelona, Destino, 1994, p. 302): “El Corán no está ahí para ser objeto de interpretación o de infinita *hermeneusis*. El texto del Corán no debe ser *interpretado*”. También Hans Küng: “los musulmanes tienen más problemas con el Corán que nosotros con la Biblia... Tal pretensión no se plantea ni en la Biblia ni en el Nuevo Testamento” (o. c., p. 60). No en vano “Corán” significa “recitación”.

los programas de los partidos” (p. 363). Pero el atentado del 11 de septiembre de 2001 contra las Torres Gemelas de Nueva York la conmovió hasta renegar de su fe y de su partido. Ella sabía que la mentalidad del terrorista Mohamed Atta era la de “miles de personas” musulmanas en todo el mundo. Que su motivo “no tenía nada que ver con la frustración. Tenía que ver con la fe” (p. 375).

Este capítulo 14 del libro, “Ruptura con Dios”, constituye su centro. Ali sostiene que el terrorismo es expresión de la fe musulmana. Con respecto al 11-S, “El profeta Mahoma fue el guía moral, no Bin Laden”, cuyas citas del Corán y los hadices en apoyo de su cruzada criminal son tan inequívocas como innegable “el choque entre la razón y nuestra religión”, aunque también enseñe “muchas cosas buenas”. Así, desechó el Corán como libro “sagrado”, viéndolo ya como un “documento histórico” (p. 377-8). Es de las “personas sinceras y amables” que aprenden de memoria el Corán en una lengua árabe que la mayoría no habla, de donde emana “la falacia de que el Islam es pacífico y tolerante” (p. 379). En los días del atentado, Ali asistió a un debate en el que el iraní Afshin Ellian, profesor de Derecho Penal en la Universidad de Ámsterdam, “propuso con elocuencia que el Islam necesitaba una renovación crítica” (p. 382). Ella expuso su convicción de que el Islam necesita una Ilustración y asimilar los valores de la modernidad⁵. Y el responsable de un semanario le dio la oportunidad de publicar esas ideas que su partido consideraba políticamente inconvenientes. A su juicio, la fallida integración de los musulmanes tiene una causa cultural: la mentalidad de su religión, que los mantiene en la miseria por su fatalismo, su pasiva sumisión (significado literal de “Islam”) a Alá y a los varones que maltratan a las mujeres. “Cuando me dicen que... esgrimir este argumento... es ofensivo... me siento ofendida en mi sentido de la justicia básica” (p. 389). Las amenazas de muerte no han cesado desde entonces, como tampoco su militancia por sus convicciones.

Ayaan Hirsi Ali encarna, pues, prototípicamente, el proceso de ilustración que reclama para el Islam y la mujer musulmana. Se trata de un desafío que también pone a prueba la vitalidad de la autoconciencia crítica de Occidente. El mensaje central de sus obras contiene una tesis y una subtesis. Tesis: “El Islam es retrógrado” (p. 403). Subtesis crítica con parte del pensamiento occidental: “En realidad, el PdvA de Holanda parecía estar cegado por el multiculturalismo, subyugado por el imperativo de ser *sensible* y *respetuoso* con la cultura de los inmigrantes, defendiendo a los relativistas morales” (p. 411).

En su reciente libro *Entre naturalismo y religión*⁶, Habermas ha expresado: “Hoy el fundamentalismo religioso... otorga una triste actualidad a la intención de la crítica de la religión” (p. 219). El reverdecer de la influencia política de las

5. Según Hans Küng, “El islam debe prestarse a una honrada confrontación con la modernidad. La cuestión de la violencia es sin duda para el Islam un problema central. Pues no cabe pasar por alto que, al contrario que Jesús de Nazaret, el profeta Mahoma no sólo fue un hombre de Estado, sino también un general que luchó militarmente” (*¿Por qué una ética mundial?*, Barcelona, Herder, 2002, p. 78).

6. Jürgen Habermas, *Entre naturalismo y religión*, Barcelona, Paidós, 2006 (2005).

religiones establece una polarización entre el fanatismo religioso y el laicismo científico. Pero reclama “en ambos lados una disposición a la autorreflexión... El ethos de la ciudadanía liberal exige de ambas partes el cercioramiento reflexivo de los límites tanto de la fe como del saber” (p. 10). Se impone actualizar el criticismo kantiano, madurez de la Ilustración. Las religiones no son de suyo irracionales: “¿Por qué no habrían de contener aún hoy ciertos potenciales semánticos cifrados que podrán desplegar su fuerza de inspiración con tal de que se los transformase en lenguaje argumentativo...?” (p. 14).

Ahora bien, aparte estas declaraciones de principio, Habermas afirma sobre la noción crucial del multiculturalismo: “la tolerancia no debe confundirse con la indiferencia”, que “haría de la tolerancia algo superfluo” (p. 309). Un límite para el reconocimiento de derechos culturales reside en que “no todos los grupos culturales... satisfacen en su construcción interna requisitos liberales” (p. 301). Y pone a “los países islámicos” como ejemplo inadmisibles de que el principio de iguales libertades albergue la opresión en algunos grupos (p. 300). Mas “si el Estado democrático no quiere autoinmolarse, tiene que comportarse de manera intolerante frente al enemigo de la Constitución” (p. 258).

No se trata de suscribir las impugnadas tesis de Samuel Huntington sobre el choque de civilizaciones⁷, pero sí de reconocer la grave responsabilidad de conservar no ya la identidad de la civilización occidental (si es que esta expresión no es ya redundante), sino los valores de la modernidad, en la que únicamente puede fundarse la integración de la diversidad cultural: unos principios universales como mínimo común denominador y límite posibilitador de las diferencias⁸. Al cargo de nuestra responsabilidad crítica queda el juicio de si el mensaje de Hirsi Ali es fiel a la verdad o si nuestra cultura puede ser “infiel” a ella y a sí misma.

7. Samuel P. Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós, 1997 (1996). Hans Küng nota que la alternativa idea de “la paz entre las religiones como base de la paz entre las naciones... quedó formulada [por él] ya en 1984, mucho antes de que Samuel P. Huntington atrajera hacia sí la atención con su artículo sobre el *Clash of Civilizations*” (o. c., p. 20). Y “fue el presidente del Estado iraní, Khatami, quien ya en 1998 puso en el orden del día de la Asamblea Plenaria de las Naciones Unidas el ‘diálogo de las civilizaciones’ en antítesis con el ‘choque de las civilizaciones’” (p. 69).

8. En el diario *El País* de 7 de enero de 2007, Ayaan Hirsi Ali comenta mordazmente: “Me produce mucha risa la Alianza de Civilizaciones del presidente Zapatero. ¿Es civilización provocar un sufrimiento intolerable a las mujeres, señor Zapatero?...” Desde luego que hay que oponer al choque el diálogo, pues cuando éste cesa “comienzan los disparos” (Küng, o. c., p. 75). En efecto, el diálogo apunta a un posible compromiso crítico, mientras que “alianza” sugiere transigencia indiscriminada. Lo litigioso es qué se entienda por diálogo o alianza y cuáles son las condiciones críticas para realizarlos.